

dia, merced á una rara recomendación, ó al de la calumnia, creyendo que ese humor obedeció á una ambición avasalladora? ¿hay alguna cosa, de la cual el vicio no alcance, si así lo quiere, ocasión para ejercerse en algún modo? Fuera más justo, y también más glorioso, el haber hecho de aquellos divinos dones un motivo de virtud ordenada y ejemplar.

Los que se apartan de los comunes deberes y del infinito número de reglas espinosas, circundadas de interpretaciones tantas, como ligan á un hombre de cabal hombría de bien en la vida civil, hacen á mi ver un bonito ahorro, sea cual fuere la rudeza peculiar que desplieguen: es esto en algún modo morir por escapar al trabajo de bien vivir. Pueden los tales tener otro premio, mas el de la lucha nunca pensé que lo gozaran; ni tampoco creo que en punto á contrariedad haya nada por cima del mantenerse firme en medio del oleaje tumultuoso del mundo, ejerciendo lealmente y satisfaciendo á todos los deberes de su cargo. Acaso sea más fácil privarse radicalmente de todo sexo que mantenerse dentro del estricto deber en compañía de una esposa; y más descuidadamente puede vivirse en medio de la pobreza que sumergido en la abundancia justamente dispensada: el uso lleva, según razón, á mayor rudeza que la abstinencia; la moderación es virtud más atareada que la privación. En el bien vivir de Escipión, el joven, hállanse mil maneras distintas; el buen vivir de Diógenes no comprende más que una: éste excede tanto en simplicidad las vidas ordinarias, como las exquisitas y cumplidas le sobrepujan en utilidad y en fuerza.

CAPÍTULO XXXIV

OBSERVACIONES SOBRE LOS MEDIOS DE HACER LA GUERRA DE JULIO CÉSAR

Cuéntase que algunos guerreros tuvieron determinados libros en particular predicamento: Alejandro Magno, Homero; Escipión Africano, Jenofonte; Marco Bruto, Polibio, y Carlos V Felipe de Comines; de la época actual se dice que Maquiavelo goza todavía de autoridad en algunos lugares; pero el difunto mariscal de Strozzi, que eligió á César como consejero, mostró mucho mejor acierto, pues á la verdad éste debería ser el breviario de todo militar, como patrón único y soberano en el arte de la guerra. Y Dios sabe, además, con cuántas gracias y bellezas relleno un asunto de suyo tan rico, y la manera de decir tan pura, tan delicada y tan perfecta, que para mi gusto no hay escritos en el mundo que con los suyos puedan compararse en este respecto.

Como en cierta ocasión su ejército anduviera algo amedrentado porque entre los soldados corría el rumor de las grandes fuerzas que llevaba contra él el rey Juba en lugar de echar por tierra tal idea aminorando los recursos del adversario, hizo que todos se congregasen para tranquilizarlos é infundirles ánimo, siguiendo la senda contraria á lo que nosotros acostumbramos. Dijoles que no se apenaran por conocer las fuerzas que el enemigo formaban, y que de ellas tenía ciertos indicios, tomando de ello pie para abultar con mucho la verdad y la fama que corrían entre sus soldados, según aconseja Ciro en Jenofonte, en atención á que el engaño no es tan perjudicial al encontrar efectivamente los adversarios más débiles de lo que se habia esperado, que al reconocerlos en realidad muy resistentes después de haberlos prejuzgado débiles.

Acostumbraba sobre todo á sus soldados á obedecer sencillamente, sin que se mezclaran á fiscalizar ó á hablar de los designios que á los jefes animaban; éstos recibían las órdenes sólo en el punto y hora de la ejecución, y experimentaba placer, cuando habían descubierto alguna cosa, cambiando al instante de mira para engañarlos. A veces, para este efecto, habiendo determinado detenerse en algún lugar, pasaba adelante y dilataba la jornada, principalmente si el tiempo era malo ó lluvioso.

En los comienzos de la guerra de las Galias enviáronle los suizos un aviso para facilitarle pasaje al través de la tierra romana, aun cuando realmente hubieran deliberado oponerle resistencia. César, sin embargo, mostró buen semblante ante la nueva, escogiendo algunos días de plazo para comunicar su respuesta, empleándolos en organizar su ejército. No sabían aquellas pobres gentes lo bien que aprovechaba el tiempo, pues muchas veces repitió que la más soberana prenda que á un capitán puede adornar es la ciencia de servirse de las ocasiones con la mayor diligencia, la cual es en sus empresas todas increíble y sorprendente.

Si en lo de ganar ventaja previa sobre su enemigo no era muy meticoloso, so color de tener pactado un acuerdo, éralo tan poco en lo de no exigir de sus soldados virtud distinta á la del valor; y apenas castigaba otras culpas que la desobediencia y la indisciplina. A veces, después de sus victorias, consentiales una libertad licenciosa, dispensándolos durante algún tiempo de las reglas de la disciplina militar. Hay que añadir que sus soldados eran tan irrepugnables, que estando algunos acicalados y perfumados no por ello dejaban de lanzarse al combate furiosamente. Gustaba en verdad de verlos ricamente ataviados, haciendo que llevaran arneses cincelados, dorados y plateados, á fin de que el cuidado de la conservación de sus armas los hiciera más terribles en la defensa. Al arengarlos los lla-

maba compañeros, como nosotros actualmente: Augusto, su sucesor, modificó esta costumbre considerando que César la adoptó por las exigencias de sus empresas y para agradar á los que sólo por voluntad propia le seguían:

Rheni mihi Cæsar in undis
Dux erat: hic socius; facinus quos inquinat, æquat¹;

creyó aquél que semejante nombramiento rebajaba demasiado la dignidad de un emperador y general de ejército, y los llamó simplemente soldados.

Con tan grande cortesía mezclaba César, sin embargo, una severidad no menor en las represiones; habiéndosele insubordinado la novena legión cerca de Plasencia, la desbizo ignominiosamente, aun cuando Pompeyo se mantuviera contra él en pie de guerra, y no la otorgó su gracia sino después de algunas súplicas. Apaciguaba á sus gentes más bien con la autoridad y con la audacia que echando mano de la dulzura.

En el lugar en que habla del paso del Rin, para dirigirse á Alemania, dice que consideraba indigno del honor del pueblo romano que el ejército atravesara el río en un barco, é hizo construir un puente á fin de cruzarlo á pie enjuto. Allí edificó uno admirable, del cual explica detalladamente la fábrica, pues de entre todos sus hechos en ningún punto se detiene de mejor gana que en el representarnos la sutileza de sus invenciones en tal suerte de obras de ingeniería.

He advertido también que concede grande importancia á las exhortaciones que dirige á sus soldados antes del combate, pues cuando quiere mostrar que fué sorprendido ó se vió en grave aprieto, alega que ni siquiera tuvo lugar suficiente para arengar á su ejército. Antes de aquella renombrada batalla contra los de Tournay, «César, dice, luego que hubo bien dispuesto todo lo demás, corrió inmediatamente donde la fortuna le llevó para exhortar á sus gentes, y como tropezara con las tropas de la décima legión no tuvo espacio para decirlas sino que recordaran su virtud acostumbrada; que no se atemorizaran é hicieran frente vigorosamente al empuje de sus adversarios; y como el enemigo estaba ya cercano, hizo signo de que la batalla comenzara. De allí pasó al instante á otros lugares para infundir alientos á otras tropas, teniendo ocasión de ver que ya habían venido á las manos». Así se expresa en el pasaje relativo á esa batalla. A la verdad su lengua le prestó en muchas ocasiones servicios relevantes. En su tiempo mismo su elocuencia militar gozaba de tan gran predicamento que muchos hombres de su ejército recogían de sus labios sus

1. En las márgenes del Rin era César mi jefe; aquí es mi camarada: por el crimen i uala á los que compromete. LUCANO, V, 289.

arengas, y por este medio llegaron á reunirse volúmenes que duraron largo tiempo después de su muerte. En su hablar había características delicadezas, de tal suerte que sus familiares, Augusto entre otros, oyendo recitar las oraciones recogidas de sus labios, echaban de ver hasta en las frases y palabras lo que su mente no había producido.

La primera vez que salió de Roma para ejercer un cargo público tocó en ocho días las aguas del Ródano, llevando en el vehiculo, junto á él, uno ó dos secretarios que escribían sin cesar; detrás iba el portador de su espada. Y en verdad puede decirse que aun cuando no hiciera sino recorrer sus itinerarios, apenas puede concebirse la prontitud con la cual, siempre victorioso, abandonando la Galia y siguiendo á Pompeyo á Brindis, subyugó la Italia en diez y ocho días; de Brindis volvió á Roma; de Roma al centro de España, donde venció dificultades peliagudas en la guerra contra Afranio y Petreyo, como asimismo en el dilatado cerco de Marsella. Dirigióse de esta ciudad á Macedonia; derrotó al ejército romano en Farsalia; pasó de este punto, persiguiendo á Pompeyo, á Egipto, subyugándole; de Egipto se encaminó á Siria y á las regiones del Ponto, donde combatió á Farnaces; luego al Africa, deshaciendo á Escipión y á Juba; y retrocediendo nuevamente por Italia á España, derrotó allí á los hijos de Pompeyo:

Ocyor et cœli flammis, et tigríde foeta¹.

Ac veluti montis saxum de vertice præceps
Quum ruit avulsum vento, seu turbidus imber
Proluit, aut annis solvit sublapsa vetustas,
Fertur in abruptum magno mons improbus actu,
Exsultatque solo, silvas, armenta, virosque
Involvens secum².

Hablando del sitio de Avarico cuenta que era su costumbre mantenerse noche y día junto á los obreros, á quienes había encomendado algún trabajo. En todas las empresas de consecuencia él era quien primero las preparaba; nunca pasó su ejército por lugar que no hubiera previamente reconocido, y cuando concibió la empresa de pasar á Inglaterra fué el primero en practicar el sondeo, si otorgamos crédito á Suetonio.

Acostumbraba decir que prefería mejor las victorias que se gobernaban por persuasión á las que la fuerza sola contribuía; y en la guerra contra Petreyo y Afranio, como la fortuna le mostrara una evidente ocasión ventajosa, la rechazó, dice, por aguardar con un poco más de tiempo y

1. Más veloz que las llamas del cielo, ó que el tigre junto á sus cachorros. LUCANO, V, 405.

2. Como roca suspendida en lo alto de la montaña, cuando rueda arranca da por el viento, ó bien porque el torrente invernal la arrastre, ó porque los años la van minando secretamente, al desprenderse de la cúspide con gran violencia arrastra consigo árboles, rebaños, pastores y gentes. VIRGILIO, *Eneid.*, XII, 684.

menos riesgo el acabar con sus enemigos. En esta lucha tuvo un maravilloso rasgo al ordenar á todo su ejército que pasara el río á nado, sin que hubiese necesidad de ello:

Rapuitque ruens in prælia miles,
Quod fugiens timuisset, iter: mox uda receptis
Membra fovent armis, gelidosque a gurgite, cursu
Restituunt artus ¹.

Júzgole en sus empresas un poco más moderado y juicio so que á Alejandro, el cual parece buscar y lanzarse á los peligros á viva fuerza, como impetuoso torrente que choca y se precipita sin discreción ni tino contra todo cuanto á su paso encuentra;

Sic tauriformis volvitur Anfidus,
Qui regna Dauni perfruit Appuli,
Dum sævit, horrendamque cultis
Diluvium meditatatur agris ²;

verdad es que éste luchaba en la flor y calor primeros de su edad, mientras que César empuñó las armas ya maduro y adelantado en años. Además, Alejandro era de un temperamento más sanguíneo, colérico y ardiente, y enardecía su naturaleza con el vino, del cual César siempre se mostró abstinentísimo.

Mas allí donde las ocasiones se presentaban, y cuando las circunstancias lo requerían, nunca hubo hombre que expusiera su vida de mejor grado. Paréceme leer en algunas de sus expediciones cierta resolución de buscar la muerte á fin de huir la deshonra de ser vencido. En aquella gran batalla que libró contra los de Tournay, corrió para salir al encuentro de sus enemigos, sin escudo, tal y como se encontraba, al ver que la cabeza de su ejército se descomponía, lo cual le aconteció algunas otras veces. Oyendo decir que sus gentes se encontraban sitiadas, pasó disfrazado al través de las tropas enemigas para fortificar á los suyos con su presencia. Como atravesara Durazzo con muy escasas fuerzas, y viera que el resto de su ejército, cuya conducción había encomendado á Antonio, tardara en seguirle decidió él solo pasar de nuevo la mar durante una fuerte tormenta, y desapareció para volver á encargarse del resto de sus fuerzas, porque de los puertos más lejanos y de todo el mar se había Pompeyo enseñoreado. En punto á sus expediciones ejecutadas á mano armada, algunas hay cuyo riesgo sobrepuja todo discurso de razón militar, pues con

1. El soldado que se precipita en el campo de batalla sigue el camino que le atemorizaría si huyese; y apenas recogidas las armas para cubrir el cuerpo desnudo, emprende nueva carrera con la cual reconstituye los miembros helados al cruzar el río, recobrando su cuerpo el vigor perdido. LUCANO, 4V, 454.

2. Así se precipita el Anfido, de forma de toro, que atraviesa los reinos de Dauno, en la Apulia; cuando se desborda arrasa los campos cultivados con su torrente impetuoso. HORACIO, *Od.*, IV, 14, 25.

debilísimos medios acertó á subyugar el Egipto, yendo luego á atacar las fuerzas de Escipión y Juba, diez veces mayores que las suyas propias. Tuvieron los hombres como él no sé que sobrehumana confianza en su fortuna, y César decía que era preciso ejecutar, y no deliberar, las empresas elevadas. Después de la batalla de Farsalia, como hubiese enviado sus tropas al Asia precediéndole, pasando con un solo navío el estrecho del Helesponto, encontró en el mar á Lucio Casio con diez grandes buques de guerra, y tuvo valor no solamente para esperarle, sino para ir derecho á él, invitándole á rendirse y realizando su voluntad.

Cuando inició el famoso cerco de Alesia, contaba la plaza ochenta mil defensores; la Galia toda se alzó en su perseguiamiento para hacerle levantar el sitio, formando un ejército de ciento nueve mil caballos y doscientos cuarenta mil infantes; ¿qué arrojo y qué loca confianza no precisaban para mantenerse firme en su propósito, resolviéndose á afrontar reunidas dos tan grandes dificultades? A las que sin embargo hizo frente; y después de ganar aquella gran batalla contra los de fuera, dispuso como quiso de los que tenía encerrados. Otro tanto aconteció á Luculo en el sitio de Tigranocerta peleando contra el rey Tigranes, mas en condiciones desemejantes, á causa de la blandura de los enemigos con quienes se las hubo.

Quiero notar aquí dos acontecimientos peregrinos y extraordinarios relativos al cerco de Alesia: uno es que, habiéndose reunido los galos para dirigirse allí al encuentro de César, luego que hubieron contado todas sus fuerzas resolvieron separar una buena parte de tan gran multitud, temiendo que ésta los lanzara en confusión. Nuevo es este ejemplo de inspirar temor el ser muchos, pero si bien se mira no es inverosímil que el cuerpo de un ejército deba componerse de un guarismo moderado y sometido á ciertos límites, ya por la dificultad de alimentarlo, ya por la de conducirlo ordenadamente. A lo menos sería fácil demostrar que aquellos ejércitos de los antiguos, monstruosos en número, apenas hicieron nada que valiera la pena. Al decir de Ciro en Jenofonte, no es el número de hombres, sino el número de buenos hombres lo que constituye la superioridad de las tropas; todo lo demás sirve mejor de trastorno que de socorro. Bayaceto se apoyó principalmente para resolverse á librar batalla á Tamerlán, contra el parecer de todos sus capitanes, en que el infinito número de hombres de su enemigo le procuraba cierta esperanza de confusión. Scanderberg, juez excelente y expertísimo en estas cosas, acostumbraba decir que á un guerrero suficientemente capaz deben bastarle diez ó doce mil combatientes para guarecer su reputación en toda suerte de lides militares. El otro punto, contrario al parecer al empleo y razón de la guerra, es que Vercingetorix, que mandaba

como general en jefe todas las regiones de las Galias sublevadas contra César, tomó la determinación de encerrarse en Alesia; quien manda todo un país no debe estancarse en un sitio determinado, sino en el caso extremo en que de otro lugar no disponga, y nada tenga que esperar sino la defensa del mismo. Si su situación no es ésta, debe mantenerse libre para socorrer en general todos los puntos que su gobierno abarca.

Volviendo á César, diré que el tiempo le trocó en más tardío y reposado, como testimonia su familiar Opio, considerando que no debía exponer fácilmente el honor de tantas victorias con el advenimiento de un solo infortunio. Es lo que dicen los italianos cuando en los jóvenes quieren censurar el arrojo temerario, llamándolos « menesterosos de honor », *bisognosi d'onore*. Hallándose aún dominados por esa necesidad y hambre grande de reputación, obran bien buscándola á cualquier precio, lo cual no deben hacer los que alcanzaron ya la suficiente. Alguna justa medida puede haber en este deseo de gloria, ó sea saciedad de apetito semejante, al igual de todos los otros, y muchas gentes lo entienden así.

Estaba muy lejos de aquella religión de los antiguos romanos, quienes en sus guerras no querían prevalecer sino de la virtud simple é ingenua; pero llevaba á aquéllas mayor suma de conciencia de la que nosotros empleamos en nuestro tiempo, y no aprobaba toda suerte de medios para llegar á la victoria. En la lucha con Ariovisto sobrevino un movimiento entre los dos ejércitos mientras con él parlamentaba, promovido por los jinetes de su adversario: ayudado por el tumulto alcanzaba ventaja grande sobre sus enemigos, pero no quiso sacar ningún provecho, temiendo que pudiera echársele en cara el haber procedido de mala fe.

En el combate iba cubierto con ricas vestiduras de color brillante para que fuera advertida su presencia.

Disponía de sus soldados con muy estrecha disciplina, la cual aumentaba con la proximidad del enemigo.

Cuando los primitivos griegos querían acusar á alguien de incapacidad extrema era común entre ellos decir « que no sabía leer ni nadar »: César también creía que la ciencia de nadar era en las guerras utilísima, y de ella alcanzó provecho grande. Cuando había menester despachar con urgencia algún negocio, franqueaba ordinariamente á nado los ríos que en su camino le salían al paso, pues era amigo de viajar á pie, lo mismo que Alejandro el Grande. Como en Egipto se viera obligado para salvar su vida á guarecerse en un barco pequeño, en el cual tanta gente buscó albergue que todos temían ahogarse de un momento á otro, prefirió lanzarse al mar, ganando su flota á nado, la cual estaba unos doscientos pasos más allá, y guardó

en su mano izquierda sus tablillas, fuera del agua, mientras que con los dientes sujetaba la cota de armas á fin de que el enemigo no se la arrebatara. Realizó esta proeza siendo ya casi viejo.

Ningún guerrero gozó nunca de tanto crédito para con sus soldados. En los comienzos de sus guerras civiles los centuriones le ofrecieron costear de su bolsillo un soldado cada uno, y los de á pie servirle á sus propias expensas (los que se hallaban en situación más holgada), comprometiéndose además al sostén de los más necesitados. El difunto señor almirante de Castellón nos mostró no ha mucho un ejemplo parecido en nuestras guerras civiles, pues los franceses de su séquito proveían con su bolsa al pago de los extranjeros que le acompañaban. Apenas se hallarán ejemplos de afección tan ardiente ni tan presta entre los que caminan á la vieja usanza, bajo la antigua dirección de las leyes. En la guerra contra Aníbal aconteció, sin embargo, que á imitación de la liberalidad del pueblo romano en la ciudad, las gentes de á caballo y los capitanes desecharon sus haberes; y en el campo de Marcelo se llamaba mercenarios á los que los aceptaban. Habiendo llevado la peor parte en Durazzo, sus soldados se presentaron por sí mismos para ser reprendidos y castigados, de suerte que César tuvo más bien que echar mano del consuelo que no de la cólera: una sola cohorte de entre las suyas hizo frente á cuatro legiones de Pompeyo por espacio de cuatro horas consecutivas, hasta que se vió completamente destrozada por las flechas enemigas, encontrándose en la trinchera hasta ciento treinta mil de ellas: un soldado llamado Sceva, que mandaba una de las entradas, se mantuvo invencible teniendo saltado un ojo, un hombro y un muslo atravesados, y su escudo abollado en doscientos treinta sitios diferentes. Sucedió que muchos de sus hombres, cuando caían prisioneros, acogían mejor la muerte que adoptaban otro partido: habiéndose apoderado Escipión de Granio Petronio, luego de dar aquél la muerte á todos los compañeros del segundo, envióle á decir que le perdonaba la vida como hombre de rango y cuestor que era: Petronio respondió « que los soldados de César tenían por costumbre dar la vida á los demás, y no recibirla », mántandose al instante con su propia mano.

Innumerables ejemplos llegaron á nosotros de la fidelidad de sus gentes; no hay que olvidar el rasgo de los que fueron sitiados en Salona, ciudad partidaria de César contra Pompeyo, al cual dió lugar un raro incidente que aconteció. Marco Octavio los había cercado, y hallándose los de la plaza reducidos á la necesidad más extrema en todas las cosas, tanto que para suplir la falta de hombres (la mayor parte habían muerto ó estaban heridos), pusieron en libertad á todos los esclavos, y para el manejo de sus

máquinas de guerra viéronse obligados á cortar los cabellos de las mujeres para con ellos hacer cuerdas, sin contar con la extraordinaria escasez de víveres, más á pesar de todo estaban resueltos á no rendirse. Octavio, con la prolongación del sitio trocóse en más descuidado, prestando menos atención á su empresa; entonces los soldados de César en el promediar de un día luego, de haber colocado á las mujeres y á los niños en las murallas, á fin de que al mal tiempo mostrasen buen semblante, salieron con rabiosa furia para lanzarse contra los sitiadores, y habiendo atravesado el primero, segundo y tercer cuerpo de guardia, y también el cuarto y después los otros, luego de haber hecho abandonar por completo las trincheras lanzaron al enemigo hacia los navios; el propio Octavio escapó á Durazzo, donde Pompeyo se encontraba. No guardo memoria en este instante de haber visto ningún otro ejemplo parecido, en que los sitiados derrotan por completo á los sitiadores, haciéndose dueños del campo, ni de que una salida haya procurado una tan pura y cabal victoria.

CAPÍTULO XXXV

DE TRES VIRTUOSAS MUJERES

De esta indole no se encuentran á docenas como todos sabemos, y todavía menos en lo tocante á los deberes matrimoniales. El matrimonio es una aventura llena de circunstancias tan espinosas, que es muy raro que la voluntad de una mujer se mantenga cabal en él durante largo tiempo. Y aun cuando los hombres procedan en esta unión de manera más cumplida que ellas, les es costoso sin embargo conseguirlo. El toque de un buen matrimonio y la verdadera prueba del mismo miran al tiempo que la unión dura, y á si ésta fué constantemente dulce, leal y tranquila. En nuestro tiempo las mujeres guardan más comunmente el hacer gala de sus buenos oficios, así como de la vehemencia afectiva, para cuando los maridos ya no existen, buscando entonces la manera de dar testimonio de su buena voluntad. ¡Tardío é inoportuno testimonio, con el cual acreditan que no los aman sino muertos! La vida estuvo preñada de querellas y á la muerte siguieron el amor y la cortesía. Del propio modo que los padres esconden la afeción que á sus hijos profesan, así las mujeres ocultan de buen grado la suya á sus esposos para el mantenimiento de un respeto lleno de honestidad. No es de mi agrado este misterio; inútil es que se arranquen los cabellos y que se arañen, siempre me queda la duda de cómo pasaron las cosas en vida, y deslizo al oído de la doncella ó del secretario: «¿Cómo procedieron antaño? ¿De qué condición

fué la sociedad que mantuvieron?» Siempre vienen estas palabras á mi memoria: *jactantius macerent, quae minus dolent*; su rechinar de dientes es odioso á los vivos é inútil á los muertos. Consentiríamos de buena gana que rieran después contal de que hubieran reído durante nuestra vida. ¿No es para resucitar de despecho el ver que quien me escupió á la cara cuando me tenía delante venga á cosquillearme los pies cuando ya no existo? Si algún mérito encierra el llorar á los maridos, éste no pertenece sino á las que en vida les rieron; las que les lloraron que se rían luego por fuera y por dentro. Así que, no paréis mientes en esos ojos húmedos, ni en esa voz lastimera. Considerad más bien el porte, el tinte y las mejillas gordas bajo los velos enlutados. Por ahí sólo hablan con elocuencia y claridad, y son contadas aquellas cuya salud no va mejorando, circunstancia que no miente jamás. Ese continente ceremonioso no mira tanto á lo que pasó como á lo que pueda venir; más que pago, es adquisición. Recuerdo que siendo niño vi á una dama honesta y muy hermosa, viuda de un príncipe, la cual vive todavía, que llevaba más adornos de los que las leyes de nuestra viudez consienten. Á los que la censuraban contestaba diciendo que no frecuentaba nuevas amistades y que no pensaba en volver á casarse.

Para no ponernos en abierta contradicción con nuestras costumbres hablaré aquí de tres mujeres que emplearon también el efecto de su afección y bondad hacia sus maridos cuando éstos se encontraban próximos á morir. Son, sin embargo, casos algo distintos de lo que vemos, y de una convicción tan palmaria que costaron la vida á quienes los pusieron en práctica.

Tenia Plinio el joven un vecino que se hallaba horriblemente atormentado por algunas úlceras que le habían salido en las partes vergonzosas. La mujer de éste, viéndole en perfecto estado de languidecimiento, rogóle que consintiera en que ella examinara con todo detenimiento y de cerca el estado de su mal para luego decirle francamente el desenlace que de la enfermedad podía esperarse. Luego de obtenida licencia de su marido y de haberle curiosamente reconocido, convencióse la mujer de que la curación era imposible, y de que todo cuanto podía esperarse era arrastrar penosamente y por tiempo dilatado una existencia dolorosa y lánguida. En consecuencia, aconsejóle como remedio soberano que se diera la muerte; mas como le viera algo reacío para realizar tan dura empresa, díjole: «No creas, ¡oh amigo mío! que los dolores que te veo sufrir no me hacen penar tanto como á ti, y que por librarme quisiera servirte de la medicina que te ordeno; quiero acompañarte en la curación como te acompañé en la enfer-

3. Los que menos sufren muestran mayor aflicción. Tácito, *Annales*, II, 77.

medad; aleja ese temor de tu alma, y está seguro de que solo placer hallaremos en el tránsito que debe libertarnos de tantos tormentos; contentos y juntos partiremos.» Dicho esto y reanimando el vigor de su marido resolvió la esposa que se lanzarian al mar por una ventana de la casa, y para llevar hasta el fin la afección vehemente y leal con que en vida le había amado quiso que muriera entre sus brazos; á este fin, no teniendo en ellos seguridad cabal, y temiendo que después de enlazados se soltaran por la caída y el pavor, se hizo ligar estrechisamente con él, abandonando así la vida por el reposo de la de su marido. Esta mujer era de extracción baja, y sabido es que entre tales gentes no es peregrino el tropezar con algún rasgo de singular bondad y fortaleza:

Extrema per illos
Justitia excedens terris vestigia fecit ¹.

Las otras dos de que voy á hablar eran nobles y ricas; entre éstas los ejemplos virtuosos se encuentran difícilmente.

Arria, esposa de Cécina Peto, personaje que ejercía la dignidad consular, fué madre de otra Arria, casada con Trasea Peto, aquel cuya virtud fué tan renombrada en tiempo de Nerón, y por medio de este yerno abuela de Fannia. Necesario es consignar estos detalles, porque la semejanza de los nombres y fortuna de estos personajes hizo á muchos incurrir en error. Como Cécina Peto fuera reducido á prisión por las gentes del emperador Claudio después de la derrota de Escriboniano, cuyo partido había seguido, su esposa suplicó á los que le conducían á Roma que la recibieran en el navío, donde su presencia evitaría el número considerable de personas que había de serles necesario para su servicio, al par que los gastos consiguientes, pues ella se encargaba de servir de camarera y cocinera y á llenar todos los demás oficios. Rechazada su proposición, se lanzó en una barquilla pescadora que alquiló al instante y siguió á su esposo de esta suerte desde Esclavonia á Roma. Llegados á la ciudad, un día, encontrándose el emperador presente, Junia, viuda de Escriboniano, dirigiéndose familiarmente á Arria, como dama que pertenecía al mismo rango, fué rudamente repelida con estas palabras: «¡Hablar yo contigo ni escucharte siquiera, tú en cuyo regazo Escriboniano recibió la muerte y tienes todavía la desfachatez de vivir!» Esta expresión, con algunos otros indicios, hicieron presumir á su familia que Arria trataba de darse la muerte no pudiendo soportar las desdichas de su marido. Entonces Trasea, su yerno, suplicándola que no se perdiera, hablóla así: «¡Pues qué! ¿si

1. La justicia al abandonar estas tierras deja en ellas sus últimos vestigios. VIRGILIO, *Georg.*, II, 473.

mi situación fuera un día la misma que la de Cécina anhelaría que mi esposa, vuestra hija, imitara vuestra conducta?» ¡Ya lo creo que lo anhelaría, si mi hija había vivido tanto tiempo y en tan buena armonía contigo como yo he vivido con mi marido!» Esta respuesta aumentó el cuidado que les inspiraba, é hizo que su vida se vigilara más de cerca. Un día, después de haber dicho á los que la custodiaban: «¡Es inútil que tengáis constantemente los ojos puestos en mí; podéis conseguir que fenezca de más dura muerte de la que imagino, pero no seréis capaces de imposibilitar mi fin», lanzándose furiosamente del sitio donde se encontraba, su cabeza chocó con todas sus fuerzas contra la pared vecina; siguió á esta tentativa un largo desvanecimiento, y muchas heridas, y luego que á duras penas la hicieron volver en sí, profirió estas palabras: «¡Bien os decía que si poniais obstáculos á algún medio fácil de matarme elegiría otro por penoso que fuera!» El desenlace de tan admirable fortaleza femenina tuvo lugar del modo siguiente: careciendo su marido por sí mismo de valor suficiente para darse la muerte á que la crueldad del emperador le condenara, un día, entre otros, Arria, después de haber primeramente empleado las razones y exhortaciones adecuadas á su intento, que era el instigar al suicidio á su esposo, cogió el puñal que éste llevaba, y blandiéndolo desnudo, concluyó su exhortación diciendo: «¡Haz así, Peto!» Y en el mismo instante se asestó en el pecho una herida mortal. Luego, arrancándola de sus carnes, presentóle el arma á su marido, acabando su vida con esta frase noble, generosa é inmortal: *Pæte, non dolet*. No la quedó espacio sino para proferir esas tres palabras de una tan hermosa transcendencia: ¡Toma, Peto, á mí no me ha hecho ningún daño!

Casta suo gladium quum traderet Arria Pæto,
Quem de visceribus traxerat ipsa suis:
Si qua fides, vulnos quod feci non dolet, inquit,
Sed quod tuo facies, id mihi, Pæte, dolet ¹.

La realidad es mucho más viva y de más rico alcance que como el poeta la interpretó, pues así las heridas del marido como las propias, la muerte del mismo como la suya, nada pesaban á Arria, habiendo sido de ambas cosas consejera y promovedora. Mas luego de realizada una empresa tan alta y valerosa sólo por la ventaja de su esposo, nada más que á él tuvo presente en el último trance de su vida para alejar de su ánimo el temor de seguirle, muriendo también. Peto se clavó el mismo puñal, vergon-

1. Cuando la casta Arria, arrancándose de sus entrañas la espada con que acababa de herirse, la ofrece á su amado Peto, le dice así: «La herida que me hice no me duele, créeme; pero la que tú te harás, Peto, ésa sí me duele.» MARCIAL, I, 14.

zoso sin duda de haber necesitado una tan cara y preciosa enseñanza.

Pompeya Paulina, nobilísima y joven dama romana, casó con Séneca cuando éste se encontraba ya en la vejez extrema. Nerón, su lindo discípulo, envióle sus satélites para que le comunicaran la orden de su muerte, la cual era costumbre notificarla del siguiente modo: cuando los emperadores romanos de esta época condenaban á algún hombre de calidad preguntábanle por medio de sus oficiales cuál era el género de muerte que deseaba escoger, y hacíanle saber el plazo que le prescribían con arreglo al temple de su cólera, el cual era corto ó largo, pero casi siempre disponía la víctima del tiempo necesario para poner en orden sus negocios aun cuando alguna vez le faltara por la brevedad del plazo. Cuando dudaba el condenado en cumplir las imperiales órdenes, enviábanle gentes propias á su ejecución, quienes ó le cortaban las venas de los pies y las de los brazos, ó le hacían á la fuerza tomar veneno. Las personas de honor no aguardaban este desenlace, y para tales operaciones servíanse de sus propios médicos y cirujanos. Séneca oyó la orden que le comunicaban con apacible y sereno semblante, y pidió que le llevaran papel para hacer su testamento; como le rechazara el capitán este servicio, volvióse del lado de sus amigos y les dijo: « Puesto que no puedo dejaros otra cosa en reconocimiento de lo que os debo, os otorgo lo mejor que poseo, ó sea la imagen de mis costumbres y de mi vida, las cuales os ruego conservéis en vuestra memoria, á fin de que practicándolas así adquiráis la gloria de sinceros y verdaderos amigos. » Al mismo tiempo el filósofo, ya dulcificaba sus palabras para contrarrestar la amargura del dolor que los veía sufrir, ya las hacía graves para reprenderlos: « ¿ Dónde se fueron, decía, los hermosos preceptos filosóficos? ¿ Qué se hicieron las provisiones que durante tantos años hicimos contra las desventuras de la vida humana? ¿ Por ventura era para nosotros cosa nueva la crueldad de Nerón? ¿ Qué podíamos esperar de quien matara á su madre y á su hermano, sino que diera también muerte á quien le gobernara, encaminara y educara? » Luego de haber dirigido á todos estas palabras, volvióse hacia su mujer, que agobiada por el dolor desfallecía de ánimo y de fuerzas; estrechóla entre sus brazos, rogóla que soportara con calma su desventura por el amor que le profesaba, y la dijo además que había llegado la hora de mostrar, no por discursos ni disputas, sino por efectos, el fruto que de sus estudios había sacado, y que creía abrazar la muerte no ya sólo sin dolor, sino con regocijo. « Por lo cual amiga mía, decía Séneca, te ruego que no la empañes con tus lágrimas á fin de que no parezca que tú misma te prefieres á mi buen nombre; apacigua tu

dolor; sírvate de consuelo el conocimiento que tuviste de mi vida y de mis acciones, gobernando el resto de la tuya con las honestas ocupaciones á las cuales estás habituada. » Á esto Paulina, algo más animada, alentando la magnanimidad de su alma por una afección nobilísima: « No, Séneca, respondió, no puedo privaros de mi compañía en trance semejante; no quiero que penséis que los virtuosos ejemplos de vuestra vida no me hayan todavía enseñado á saber morir bien; ¿ y cuándo podría acabar mejor, ni más dignamente, ni más á mi gusto con vosotros? Estad, pues, seguro de que nos vamos juntos. » Entonces el filósofo, considerando como buena la deliberación de su mujer, y al mismo tiempo por libertarse del temor de dejarla después de su muerte á la merced de la crueldad de sus enemigos, habló así: « Te había dado consejos que servían á gobernar felizmente tu vida, pero puesto que prefieres mejor el honor de la muerte, en nada te lo envidiaré; que la firmeza y la resolución sean iguales en nuestro común fin, pero que la hermosura y la gloria del mismo sea más grande de tu parte. » Esto dicho, se les cortaron al mismo tiempo las venas de los brazos, pero como las de Séneca estuvieron oprimidas á causa de sus muchos años, y también por su abstinencia, manaban poco sangre y muy despacio, por lo cual ordenó que le abrieran las de los muslos. Temiendo que el tormento que sufría enterneciera el corazón de su mujer, al par que para libertarse él mismo de la aflicción que le causaba verla en tan lastimoso estado, luego de haberse despedido de ella amantísimamente, rogó que se permitiera que le trasladaran á la habitación vecina, como se hizo. Mas como todas las incisiones que en su cuerpo se habían practicado eran insuficientes para hacerle morir, ordenó á Estacio Anneo, su médico, que le suministrara un brebaje venenoso, que apenas hizo tampoco efecto, pues á causa de la frialdad y debilidad de sus miembros no pudo llegar al corazón; de suerte que preparó además un baño muy caliente, y entonces, sintiendo su fin cercano, mientras le duró el aliento continuó sus excelentísimos razonamientos sobre el estado en que se encontraba, que sus secretarios recogieron mientras les fué dable oír su voz. Las últimas palabras que pronunció permanecieron durante largo tiempo en crédito y honor en los labios de todos (y es bien de lamentar que no hayan llegado á nosotros). Como advirtiera los últimos síntomas de la muerte, tomó agua del baño, ensangrentada como estaba, y la derramó por su cabeza, diciendo: « Consagro esta agua á Júpiter el libertador. » Advertido Nerón de todo lo acontecido, temiendo que la muerte de Paulina, que pertenecía á las damas mejor emparentadas de la nobleza romana, y á quien no profesaba rencor ninguno,

se le achacara también, mandó con toda diligencia que se la ligaran las venas como así se hizo, mas sin que ella lo advirtiera, puesto que se encontraba medio muerta é insensible. El tiempo que contra su designio estuvo en el mundo viviolo honestísimamente, como á su virtud pertenecía, mostrando por la palidez de su semblante cuánta vida dejara escapar por sus heridas.

Estas son mis tres verídicas relaciones, que á mi entender son tan interesantes y tan trágicas como las que aderezamos á nuestro albedrío para procurar placer al pueblo. Me admira que á los que se dedican á forjarlas no se les ocurra elegir más bien diez mil lindas historias que se encuentran en los libros, donde con menos molestia procurarían mayor regocijo y provecho. Quien quisiera edificar un cuerpo entero en que las unas fueran unidas á las otras no habría menester poner de propio más que el enlace, como la soldadura de otro metal. Por este medio podría amontonar numerosos acontecimientos verídicos de todas suertes, disponiéndolos y diversificándolos según que la belleza de la obra lo exigiera, sobre poco más ó menos como Ovidio ha cosido y remendado sus *Metamorfosis* con un gran número de diversos mitos.

Digno es de reflexión en la última pareja considerar que Paulina sacrifica gustosa su vida en aras del amor de su marido, y que éste había en otra ocasión escapado á la muerte sólo por el amor que á su mujer profesaba. A juicio nuestro no hay gran compensación en este cambio; mas según el criterio estoico, entiendo que Séneca pensaría haber hecho tanto por su esposa al alargar la propia existencia en su favor, como si por ella hubiera muerto. En una de las cartas que escribe á Lucilio, después de contarle cómo las calenturas habiéndole asaltado en Roma montó de repente en un vehículo para trasladarse á una de sus casas de campo, contra el parecer de su mujer, que quería detenerle, y á quien él había repuesto que la calentura que tenía no emanaba del cuerpo sino del lugar donde vivía, concluye así: « Dejóme partir recomendándome que me cuidara mucho, y yo que pongo su vida en la mía empiezo á remediar mis males por aliviar los suyos. El privilegio que mi vejez me había otorgado al convertirme en más firme y resuelto para muchas cosas, lo pierdo cuando á mi memoria viene la idea de que en este anciano hay una joven á quien aquél rinde servicios. Puesto que no la puedo obligar á amarme con mayor firmeza, ella me fuerza á mí mismo á quererme con mayor celo. Preciso es condescender con nuestras legítimas afecciones; y á veces, aun cuando todo nos llevara á la muerte, retener en sí, aun á costa de sufrimientos, el soplo vital que nos escapa. El hombre probo debe permanecer aquí bajo no solamente mientras no se encuentre

mal hallado, sino mientras su permanencia sea necesaria. Aquel á quien el cariño de su mujer ó el de un amigo no mueven á prolongar sus días; aquel que se obstina en morir, es demasiado delicado y demasiado blando. Preciso es que el alma se amarre á la vida cuando el provecho de los nuestros lo requiere. Necesario es á veces que nos sacrifiquemos á nuestros amigos, y que aun cuando quisiéramos morir interrumpamos nuestro designio por ellos. Es un testimonio de grandeza de ánimo el volver á la vida por interés ajeno, y muchos hombres notables así lo hicieron. Es un rasgo de bondad singular el conservarse en la vejez (cuya ventaja mayor es la negligencia de su duración y un más valeroso menosprecio de la existencia), cuando se ve que es dulce, agradable y provechosa á alguna persona querida. Con ello se recibe una placentera recompensa; porque, ¿qué puede haber más grato que ser tan caro á su esposa que por ello sea uno más caro para sí mismo? Así mi Paulina impúsome no solamente sus cuidados, sino también los míos. No me bastó considerar con cuánta resolución podría yo morir, consideré además la flaqueza con que ella soportaría mi muerte. Obligúeme á vivir, y alguna vez vivir es magnánimo. » Tales son las palabras de Séneca, excelentes como todas las suyas.

CAPÍTULO XXXVI

DE LOS HOMBRES MÁS RELEVANTES

Si se me pidiera que escogiese entre todos los hombres que vinieron á mi conocimiento, paréceme que me quedaría con tres excelentes, que están por cima de todos los demás.

Uno es Homero, y no es que Aristóteles y Varrón no fueran quizás tan sabios como él, ni que en su arte Virgilio no pueda serle comparable: dejo estos extremos al juicio de aquellos que los conocen á ambos. Yo que no conozco más que á uno puedo decir solamente que á mi entender ni las musas mismas sobrepujaron al romano:

Tale facit carmen docta testudine, quale
Cynthia: impos.tis temperat articulis †.

En esta apreciación, sin embargo, no hay que olvidar que á Homero principalmente debe Virgilio gran parte de su mérito; que es su maestro y su guía, y que un sólo pasaje de la *Iliada* proveyó de cuerpo y argumento á la grande y divina *Eneida*. Yo no fundamento en esto mi opi-

1. Compone versos en su docta lira como el mismo Cintio modula sus armoniosos cánticos. PROPERCIO, II, 34, 79.